



William Nicholson

**LA TIERRA DE
NUESTROS PADRES**

alianza Literaria



William Nicholson
La tierra de nuestros padres

Traducido del inglés por Pilar de Vicente Servio

FRAGMENTO

Alianza Editorial

Título original:

Primera edición:
Primera reimpresión:

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© de la traducción: Pilar de Vicente Servio, 2013
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91.393.88.88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-
Depósito legal: M. xxxxxx-2013
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Nuestros padres se amaron antes de llegar nosotros y antes de ellos, lo hicieron sus padres. No sabemos si heredamos nuestra forma de amar junto con el color de los ojos. Las alegrías que sentimos, otros las han sentido antes; los errores que cometemos, otros los han cometido antes. Esta es la desconocida tierra de nuestros padres, de la que siempre intentamos escapar y a la que siempre, sin poder evitarlo, seremos fieles.

Prólogo 2012

Alice Dickinson va sentada en el asiento trasero del Peugeot, aunque preferiría ir delante, viendo pasar los huertos de árboles frutales de Normandía. El conductor, un hombre robusto de mediana edad y mirada triste, la estaba esperando en el puerto al llegar el ferry con un cartel que ponía su nombre. Su torpe francés de colegio privado se topó con una barrera de incompreensión. Ahora está inclinado sobre el volante, marcando un ritmo interno a golpecitos con un dedo, dándole vueltas a alguna pena oculta. Alice no sabe cuál es su papel. Podría ser un empleado o parte de la familia. La lleva a ver a la abuela a la que no conoce, que se llama Pamela Avenell y hasta hace diez días no sabía que existía Alice.

El coche sale de la carretera y toma por otra más estrecha que transcurre a lo largo de la orilla este del Varenne. Ahora, las calles de tejados empinados dan paso a grupos de hayas maduras, con las anchas hojas cubiertas de polvo al sol de mediados de agosto. El calor de finales de verano inquieta a Alice. Con este tiempo, apetece tumbarse sobre la hierba junto a tu

amante. No es el momento ideal para poner fin a una historia de amor.

Cada uno lleva la vida que elige. Debería ser fácil, pero no lo es. La vida amorosa de su madre, por ejemplo. Tenía la misma edad que tiene Alice ahora, veintitrés años, cuando tuvo una aventura con un hombre que no la quería; o al menos no lo suficiente como para querer tener su bebé. «Aborta», le dijo. «Yo me hago cargo de los gastos».

«Mi padre, Guy Caulder, el muy bastardo. Y yo, el no aborto. La auténtica bastarda, hablando en plata».

Lo más curioso de todo es que no odia a su padre. Durante un tiempo, creyó despreciarlo, pero eso es distinto. Guy es atractivo, egoísta, desvergonzado. No ha jugado ningún papel en su vida: no es que sea un secreto, pero tampoco es una persona de verdad. Una idea, unas cuantas anécdotas y un legado genético.

Al final, eso es lo que te engancha. Lo que te atrae. Un día, te levantas pensando: «La mitad de mi proviene de él. ¿Y si me parezco a él, después de todo?». Y entonces, quieres saber más.

—¿Por qué eres un bastardo, Guy?

Formula la pregunta sin rencor y él no se da por ofendido. La ha invitado a almorzar en uno de sus restaurantes favoritos de Charlotte Street. Este se llama Mennula y es un elegante siciliano.

—Por lo de siempre—contesta—. Mi madre no me quería.

Por supuesto. Échale la culpa a la madre. El padre puede meter la pata hasta el fondo y a nadie le importa un comino, pero la madre protectora nunca puede dejar de dar y dar. Dar a luz, dar el pecho, dar amor incondicional.

Así que las cosas se remontan más allá, a otra generación.

Alice ha visto a Guy tan pocas veces en su vida que no conoce nada sobre su familia. Pero ahora, le apetece saber.

—¿Por qué no te quería tu madre?

—Bueno —dice Guy, como si ese tema hubiera perdido todo interés hace ya tiempo—, mi madre se casó con el hombre equivocado. Cosas que pasan. Seguramente, porque su madre se casó con el hombre equivocado. Así que ya ves: desciendes de una larga línea de errores.

«Desciendo de una larga lista de errores. Muchas gracias».

—¿Todavía vive?

—Sí. Está vivita y coleando. Solo tiene setenta años, aunque claro; tú no podías saberlo. Sigue siendo una mujer muy guapa. Y sigue saliéndose con la suya. Pero ten en cuenta que hace años que no la veo.

—¿Por qué no?

—Nos va mejor así. A los dos.

Se niega a decir nada más.

Alice se siente fascinada por esta historia sobre una cadena de matrimonios fracasados. Le dice a Guy que quiere conocer a la abuela a la que nunca ha visto, la que SE SALE CON LA SUYA.

Guy le contesta:

—No tiene ni idea de que existes.

—¿Te importaría?

Esta tiene que pensársela. Pero lo cierto es que tampoco tiene elección.

—Lo único que tengo es una dirección —dice—. En Normandía.

El Peugeot no tiene aire acondicionado, pero el conductor de mirada triste lleva la ventanilla completamente bajada y el viento le alborota el pelo a Alice. Se ha vestido con esmero para este viaje: quería ir elegante pero no parecer deseosa de impresionar. Lleva unos vaqueros ajustados y a la moda y una chaqueta de lino en color crudo. Su modesto equipaje es una bolsa de lienzo estampada con un cuadro de Caillebotte en el que se ve París de un día de lluvia. Algo le dice que Pamela es una mujer distinguida.

Ahora, las hayas flanquean la carretera a ambos lados. Dejan atrás una señal que indica hacia la derecha, en dirección a St-Hellier y Cressy. El conductor se gira hacia ella.

—*Après Bellencombe nous plongeons dans la forêt.*

Nos zambullimos en el bosque.

Las hayas están a intervalos regulares y se extienden hasta donde alcanza la vista. Las columnas de luz y sombra forman avenidas cambiantes que aparecen y desaparecen a su paso. ¿Por qué elegiría nadie vivir en un bosque?

Pero ahora, los árboles van desapareciendo y el intenso sol de mediodía inunda una amplia pradera a un lado del camino. Salen de la carretera y avanzan con dificultad por un sendero sin pavimentar que describe una ligera cuesta. Y allí en lo alto, dominando una vista inmensa del bosque, esta La Grande Heuze: una casa de campo de tejados empinados y numerosos gabletes, con las paredes color crema sobre las que unas vigas de madera gris muy juntas forman líneas.

El Peugeot se detiene junto a un porche delantero cubierto de tupidas clemátides colgantes. El conductor no se levanta de su asiento.

—*Voilà* —dice—. *Vous trouverez Madame dedans.*

Alice se baja del coche y este desaparece en dirección a la parte trasera de la casa. Se acerca un *golden retriever* que la saluda con un ladrido soñoliento, casi simbólico. La puerta que hay en el porche está abierta. No hay timbre.

Llama a la puerta y dice en voz alta:

—¿Hola? ¿Señora Avenell?

Enfrente, tiene un amplio recibidor en penumbra que conduce hasta una puerta iluminada por la luz del sol. El único signo de vida es el perro, que ha cruzado el recibidor y entrado en la habitación de más allá.

—¿Hola? —insiste Alice—. ¿Hay alguien en casa?

Una vez más, no recibe respuesta. Sigue el camino que ha tomado el perro y entra en una habitación alargada con dos cristaleras que dan a un jardín. Las cristaleras están abiertas. El perro está tumbado al sol fuera, en la terraza.

Alice sale a la terraza y ve, al otro lado de un amplio césped, que las hayas del bosque vuelven a comenzar. ¿Dónde está su abuela? La invade la incómoda sensación de que tal vez la esté observando en ese mismo momento. Y con esta sensación la asalta un pensamiento nuevo: ¿y si no le cae bien a su abuela? Es algo que no se le había ocurrido antes. Se da cuenta de que, inconscientemente, ha dado por hecho que era un regalo sorpresa. «¡Mira! ¡Una nieta a la que no conocías!». Pero, al igual que Guy nunca quiso tener una hija, puede que esta abuela que siempre se sale con la suya nunca desease una nieta.

No llega sin previo aviso. Han intercambiado cartas. Pero la carta de invitación de su abuela no era efusiva. Sentía curio-

sidad por verla, eso estaba claro, pero parecía estar a la defensiva, fría.

Atraviesa el césped para mirar entre los árboles, como si allí se ocultase un secreto: un impulso que es una reliquia de los cuentos de hadas de su infancia. No hay ni muro ni valla. El jardín es un claro en el bosque. Si lo descuidasen unos cuantos años, las imponentes hayas avanzarían hasta los mismos escalones de la casa y se arracimarían como barrotes contra las puertas y ventanas. Pero la idea no la asusta. Este no es el bosque atormentado de las pesadillas. Las avenidas de hayas forman espacios moteados de luz, domesticados; una cadena de salas que se proyecta hasta el infinito. Uno podría perderse en este bosque, pero seguiría estando a salvo.

Se vuelve y ve a una figura de pie en el umbral de la cristallera abierta. Es esbelta, tiene el pelo cano y un cutis liso y ligeramente bronceado. Lleva una larga blusa blanca sobre unos vaqueros. Tiene los brazos levantados en un gesto de bienvenida.

—¡Has venido! ¡Qué maravilla!

Unos grandes ojos marrones observan cómo Alice cruza el jardín en dirección a ella. Unos ojos brillantes que le dedican toda su atención, que quieren saberlo todo. Ahora, no se contiene.

—¡Mi niña! —dice—. ¿Por qué has tardado tanto?

A Alice la invade una ola inexplicable de felicidad. Esta mujer de pelo cano, esta abuela a la que nunca ha conocido, es sencillamente hermosa. Alice, que nunca ha sido hermosa, en seguida se ve reflejada a sí misma como podía haber sido; a sí misma como, tal vez, podría llegar a ser algún día.

Pamela toma las dos manos de Alice entre las suyas y la examina con una atención llena de fascinación y curiosidad. Alice se siente infinitamente preciosa bajo su mirada.

—Tienes mis ojos.

—¿Tú crees? —dice Alice.

—Por supuesto. Me he dado cuenta en seguida.

—Casi no me lo creo —dice Alice—. Eres tan hermosa. ¿Cómo es posible que seas mi abuela?

—Tengo sesenta y nueve años, mi niña —dice Pamela—. Pero no se lo digas a nadie.

—No me lo creo —repite Alice.

Se quedan allí paradas como dos idiotas, con las manos entrelazadas, sonriéndose, mirando y volviendo a mirar. Alice no sabe por qué todo esto la hace tan feliz y prefiere no preguntárselo.

—Entra en la casa —dice Pamela—. Tomemos algo de beber y contémoslo todo. Fuera hace demasiado calor.

Una vez en la casa, llama en voz alta:

—¡Gustave! —y desde una de las habitaciones interiores aparece el conductor. Rápidamente, le dice algo en un francés excelente y le toca con delicadeza un brazo antes de que él desaparezca, dispuesto a llevar a cabo sus órdenes.

—Gustave es un ángel —dice—. Sencillamente, no sé cómo me las apañaba antes de que llegase él.

Ahora, están sentadas y sus grandes ojos marrones vuelven a estar fijos sobre Alice.

—Así que eres mi nieta —dice—. Qué cruel y ruin por parte de Guy mantenerte escondida de mí.

—Me escondía hasta de sí mismo —dice Alice—. Nunca quiso tenerme. Fui un accidente.

—Nunca quiso tenerte. —Su mirada penetra más y más hondamente en Alice, más allá de todas sus defensas—. Vaya, mi niña. Qué me vas a contar a mí.

—No es que lo culpe a él. Mi madre dice que fue elección suya.

—No, no se gana nada con culpar a la gente. Pero no por eso dejamos de hacerlo.

Gustave vuelve a entrar en la habitación, esta vez con una bandeja con bebidas. La deja sobre la mesita baja que hay entre las dos. Sobre la bandeja hay una botella de Noilly Prat, dos copas y un plato con galletas.

—Vermú frío —dice Pamela, mientras sirve el líquido dorado en las copas—. No hay nada mejor en un día de calor.

Da las gracias a Gustave con una sonrisa rápida y este vuelve a marcharse. Alice coge su copa.

—Por los accidentes —propone Pamela.

«No lleva maquillaje», piensa Alice. «Ni tiene el pelo teñido. ¿Cómo es posible que tenga casi setenta años y sea tan hermosa?».

—No entiendo por qué Guy no me habló de ti antes —dice Alice—. Debería sentirse orgulloso de ti.

—Bueno. Estas cosas se remontan a muchos años atrás. Pero no me apetece hablar de mí. Quiero saberlo todo de ti.

Bajo la mirada embriagadora de su abuela, Alice narra su vida hasta el momento. Cómo a veces una historia de amor se termina sin razón, simplemente porque es la primera y eres demasiado joven y aún tienes mucho que aprender sobre ti misma. Cómo dos personas se distancian y no se dan cuenta de lo que ha ocurrido hasta que el espacio que los separa se ha vuel-

to demasiado grande y entonces, tiendes la mano a la otra persona y os dais cuenta de que ya no os tocáis. Cómo descubres que las antiguas preguntas que pensabas que ya no formaban parte de tu vida en realidad te han estado esperando todo el tiempo, tan imposibles de contestar como siempre. ¿Qué quiero de verdad? ¿Quién soy cuando estoy sola? Cuando vuelva a amar, ¿lo haré con todo mi corazón?

Se oye a sí misma decir:

—Si lo quiero solo a él, seré una persona más pequeña de lo que sé que puedo llegar a ser.

—Eres muy sabia, mi niña —dice Pamela—. Ojalá yo lo hubiera sabido cuando tenía tu edad. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintiuno?

—Veintitrés.

—Cuando yo tenía veintitrés años, ya tenía marido y un bebé.

El marido era el abuelo de Alice. Se llamaba Hugo Caulder. Alice lo sabe, aunque no sepa muchas otras cosas. El bebé era Guy. El bebé es Guy.

—Guy me dijo algo de que te habías casado con el hombre equivocado.

—Sí, tiene razón. De hecho, me ha pasado tres veces. Aunque una pensaría que ya habría aprendido la lección.

—Yo quiero aprenderla —dice Alice.

—No la aprenderás de mi boca. —Pamela se echa a reír—. A no ser que analices todo lo que he hecho en mi vida y hagas justo lo contrario.

—Quiero saber más sobre quién soy. Una parte de mí proviene de Guy. Y parte de él proviene de ti.

—Bueno, sí —admite Pamela—. Es todo bastante desolador, ¿verdad? A medida que te vas haciendo mayor, vas viendo el patrón con más claridad.

—Guy dice que desciendo de una larga línea de errores.

—¿En serio? Qué bruto es a veces. Seguro que no te contó la única historia de amor verdadera que tenemos en la familia.

La única historia de amor verdadera. Como el unicornio: hermoso, imposible; muchos lo buscan, pero ninguno lo encuentra.

—¿Es la tuya?

—¿La mía? No, ciertamente no la mía. —Vuelve a llenar las copas de vermú—. Es la historia de mi madre. De tu bisabuela.

Alza la copa, igual que hizo antes.

—Por las madres —propone.

—Y por las abuelas —dice Alice.

Ambas beben. Alice nota cómo el vermú la calienta por dentro.

—Adoraba a mi madre —dice Pamela—. Ni te imaginas cuánto la adoraba. Y después, empecé a envidiarla. Quería que me amasen como la amaban a ella. ¿No te parece que el problema de las historias de amor es que te ponen triste? Sientes ganas de vivir una historia de amor como esa en primera persona. Así que te pones a buscarla sin parar. Y no la encuentras.

—Pero tu madre la encontró.

—Sí.

Se levanta y coge una fotografía enmarcada de la pared. El marco es demasiado grande para la foto, que es una antigua instantánea de tres jóvenes: una mujer entre dos hombres. La

mujer es joven y guapa, al estilo ligeramente artificial de los años 40. Los hombres miran a la cámara con esa confianza resuelta que, por alguna razón, resulta tan desoladora de ver hoy día: niños que se creen hombres. Uno de ellos, el guapo, no sonríe. El otro sonríe.

—Es mi madre —explica Pamela—. Se llamaba Kitty. Este es mi padre, Ed Avenell. Y ese es el mejor amigo de mi padre, Larry Cornford.

—Tu madre era muy guapa —dice Alice.

—Tu bisabuela. ¿Y a que era guapo mi padre?

—Mucho.

—Ganó la Cruz Victoria.

—¿Cómo?

—Te lo contaré. ¿Y qué te parece Larry?

Alice examina el rostro sonriente y abierto de la fotografía.

—Parece buen chico —dice.

—Buen chico. Pobre Larry. No le habría gustado nada oírte decir eso.

PRIMERA PARTE
Guerra
1942-45

Capítulo 1

Los coches de los mandos están aparcados junto a las casitas de la guardia costera, cerca del borde del acantilado. Cae una llovizna constante y hay poca visibilidad. Un grupo de oficiales, con los abrigos relucientes de agua y los binoculares levantados, sigue los movimientos que se desarrollan en la playa, a sus pies.

—Un completo desastre, como siempre —dice el general.

—Mejor que la última —opina Parrish—. Por lo menos, han encontrado la playa.

Siete lanchas de desembarco de asalto se mecen en las aguas grises de la bahía mientras los hombres de la Octava Brigada de Infantería Canadiense avanzan a trompicones hacia la costa. Cada soldado lleva puesto un Mae West inflado y va provisto de un rifle y su equipamiento de campaña completo. Se abren paso con lentitud por el agua, emborronados por la lluvia, como alguien que sueña que camina siempre hacia adelante, pero no avanza nunca.

Los que los observan desde la cumbre del acantilado dominan una vista que resulta casi paródica por lo típicamente

inglesa: un río serpentea por entre praderas verdes hasta desembocar en una playa de guijarros, flanqueado por una línea de acantilados blancos encorvados que desaparecen en la distancia. Los llaman las Siete Hermanas. Hoy apenas se ven dos de las siete hermanas. La playa está defendida por bloques de hormigón antitanques, obstáculos hecho con tubos y largos rollos de alambre de espino. Unos explosivos pequeños detonan entre los guijarros, al azar y sin razón aparente. El sonido de las explosiones llega a los oficiales que observan con los prismáticos.

Una de las lanchas de desembarco ha apagado el motor en aguas profundas. Una a una, se ven saltar desde la rampa las figuras diminutas de los hombres que van a bordo. Parrish lee el número de identificación de la lancha a través de sus binoculares.

—LDA85. ¿Por qué se ha parado?

—Se ha hundido —explica el coronel Jevons, que diseñó el ejercicio—. Está más lejos de lo que tenía previsto. Pero aun así, los hombres deberían flotar.

—Un par de obuses de 155 milímetros desde aquí arriba —dice el general— y ni un solo hombre llegaría vivo a la playa.

—Ah, pero el grupo de asalto que va de avanzadilla os ha cortado el cuello a todos —responde Jevons.

—Esperemos —dice el general.

A espaldas de los oficiales, las dos conductoras del STA buscan refugio detrás del camión de Señales. El sargento de Señales, Bill Carrier, se encuentra en la extraña situación de verse en minoría frente a las mujeres. Si estuviesen con él otros

cuantos muchachos de su unidad, sabría cómo dirigirse a estas chicas inglesas, pero estando así, solo y sin saber muy bien por dónde pisa, lo invade la timidez.

—Míralo —dice la guapa—. ¡Junio! En serio, parece una broma.

Se ríe y retuerce todo el cuerpo, como si lo absurdo del mundo se hubiese apoderado de ella. Tiene el pelo castaño y rizado, que le llega casi hasta el cuello de la camisa, los ojos marrones bajo unas cejas enérgicas y una boca amplia y sonriente.

—No le haga caso a Kitty —dice la otra, que es rubia y lo que se suele describir como «atractiva»; que quiere decir que tiene los rasgos más bien prominentes y una figura más bien corpulenta. Habla entre dientes sin apenas separar los labios, en el tono desenfadado de las clases altas—. Kitty está completamente loca.

—Como una cabra —admite Kitty.

La lluvia se intensifica. Las dos conductoras, con sus uniformes marrones, se aprietan al abrigo de la elevada parte trasera del camión.

—Jesús, mataría por una taza de té —dice la rubia—. ¿Cuánto faltará, Señor?

—Louisa iba para monja —dice Kitty—. Es toda una beata.

—Ni en broma —dice Louisa.

—Lo siento —dice el sargento—. Todavía estamos en combate.

—Son solo unas maniobras —dice Kitty.

—Toda mi vida no es más que unas maniobras —dice Louisa—. ¿Cuándo nos va a tocar hacerlo de verdad?

—En eso estoy con usted —dice el sargento—. Los chicos y yo nos estamos volviendo locos.

Contesta a Louisa, pero tiene los ojos fijos en Kitty.

—Lo único que quieren hacer los canadienses es luchar —dice Kitty, y le sonrío.

—Para eso hemos venido —responde el sargento—. Hace ya dos años.

—Ah, pero verá —continúa Kitty, aparentando formalidad e intentando no echarse reír—: A lo que se refería Louisa no era a eso. Hablaba de casarse.

—¡Kitty! —Louisa golpea a su amiga, obligándola a inclinarse hacia delante, sin dejar de reír—. Menuda chivata estás hecha.

—No hay nada de malo en querer casarse —dice el sargento—. Yo también quiero casarme.

—¡Ahí lo tienes! —le dice Kitty a Louisa—. Puedes casarte con el sargento, ir a vivir a Canadá y tener montones de bebés canadienses sanotes y gordotes.

—Tengo a una chica en Winnipeg —dice el sargento. Y piensa que la dejaría sin pensárselo dos veces por Kitty, pero no por Louisa.

—De todas formas —dice Kitty—, Louisa es una pija redomada, así que solo la dejan casarse con hombres que hayan ido a Eton y tengan campos con perdices. ¿Fue a Eton, sargento?

—No —dice el sargento.

—¿Tiene campos con perdices?

—No.

—Entonces, su chica la de Winnipeg puede estar tranquila.

—Estás loca de atar —dice Louisa—. No se crea ni una palabra de lo que dice, sargento. Me sentiría orgullosa y honrada de casarme con un canadiense. Supongo que por allí tendrán campos con alces.

—Claro —dice Bill Carrier, que les sigue el juego, cortés—. Nos pasamos el día cazando alces.

—¿No se dice «antes»? —pregunta Kitty.

—A ellos les da igual cómo los llames —dice el sargento.

—Qué monos —dice Kitty—. Los antes son un amor.

Le dedica al sargento una sonrisa tan adorable, frunciendo los rabillos de los ojos, que a este le entran ganas de tomarla en sus brazos allí mismo.

—Para ya —dice Louisa, dándole un golpe en el brazo a Kitty—. Déjalo.

Resuena la bocina de un barco desde la bahía, un toque largo y triste. Es la señal que les indica a los hombres que están en la playa que tienen que reembarcar.

—Barco a la vista —bromea el sargento.

Las dos chicas del STA se levantan. Los oficiales que están en la cumbre del acantilado ya se han puesto en marcha, sin dejar de hablar mientras caminan, arracimados bajo la lluvia.

—A todo esto, ¿cómo se llaman? —dice el sargento.

—Soy la cabo Teale —dice Kitty—. Y esta es la cabo Cavendish.

—Soy Bill —dice el sargento—. Igual nos volvemos a ver.

Se separan y se dirigen a sus respectivos vehículos. Kitty se cuadra junto a la puerta del copiloto del coche del general.

—Ven conmigo, Johnny —le dice el general al capitán Parrish.

Los oficiales suben al coche. Kitty ocupa su lugar al volante.

—De vuelta al cuartel —ordena el general.

A Kitty Teale le encanta conducir. Sin que nadie lo sepa, considera el espacioso Humber Super Snipe de color caqui propiedad suya. Ha aprendido a cuidar de su gruñón motor hasta sacarle un zumbido regular a pesar del frío de primera hora de la mañana y le encanta meter la marcha justa en cada sección de la carretera para que el vehículo nunca tenga que esforzarse. Realiza con sus propias manos las operaciones más sencillas del mantenimiento del vehículo, controla los niveles de aceite y la presión de los neumáticos con un cuidado casi maternal. También limpia el coche durante las muchas horas que tiene que esperar en el cuartel general a la próxima llamada de servicio.

Hoy, mientras vuelven a casa atravesando los pueblecitos de Seaford y Newhaven, le molesta la llovizna porque sabe que dejará una película de suciedad sobre todas las superficies. Por lo menos, no va en convoy detrás de un camión militar, teniendo que esquivar las salpicaduras de barro que levantan las altas ruedas traseras. Louisa, que la sigue detrás en el Ford, tendrá que soportar las salpicaduras de sus ruedas. Pero Louisa no siente la más mínima lealtad por el coche que conduce.

—No es una mascota —le dice a Kitty—. No tiene sentimientos.

Para Kitty, todo tiene sentimientos. Las personas y los animales, por supuesto. Pero también las máquinas, incluso los muebles. Se siente agradecida a la silla en la que se sienta por soportar su peso y al cuchillo que tiene en la mano por cortar-

le el pan. Cree que le han hecho un favor porque desean hacerla feliz. Su gratitud es el tributo que les paga. Es una chica guapa acostumbrada a la amabilidad de los extraños que teme no hacer lo suficiente por merecerla. La criaron para pensar que está mal creerse atractiva, así que se encuentra atrapada en una espiral de encanto en la que se ve obligada a agradar a los que quieren agradarla. Esto da lugar a frecuentes malentendidos. Incapaz de ofender, a menudo da falsas esperanzas. Hay un joven de la marina que da por hecho que ella es su novia, después de dos encuentros y un baile. Es cierto que se besaron, pero Kitty ha besado a otros chicos. Ahora, le ha escrito una apasionada carta en la que le pide que se reúna con él en Londres este viernes, cuando disfrutará de veinticuatro horas de permiso.

Los oficiales, que van en el asiento trasero, están hablando de la importante operación que va a tener lugar.

—Lo único que espero es que los pilotos hagan su trabajo —dice el brigadier—. Quiero que bombardeen esas playas hasta no dejar nada.

—¿Tenemos algún pronóstico? —pregunta el capitán Parrish—. Esto no le conviene a nadie.

Indica la lluvia que emborriona las ventanillas del coche.

—Se supone que mañana va a estar despejado —dice el brigadier—. Y después, tendremos que esperar a la luna. Tenemos unos cuantos días. Aunque tampoco es que nadie me cuente nada. Hasta el maldito oficial de enlace sabe más que yo.

El Humber sale de la carretera y enfila el largo camino hacia Edenfield Place, donde está alojado el batallón. La gran

mansión de estilo gótico victoriano se alza, imponente, entre la llovizna. Kitty estaciona el coche con delicadeza frente al recargado porche y los oficiales se bajan. Detrás, Louisa detiene con más estrépito el Ford sobre la gravilla.

—Gracias, —le dice el brigadier a Kitty—. Es todo por hoy.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Le firma el justificante de trabajo.

—Si tiene un momento, sea amable con nuestro amigo George. Los chicos le han revuelto la bodega y está bastante molesto.

El dueño legítimo de Edenfield Place, George Holland, segundo Lord Edenfield, ha optado por seguir viviendo en la casa durante este periodo de requisición de guerra. En consonancia con el espíritu de sacrificio de los tiempos que corren, se ha reservado una modesta suite de tres habitaciones que antes ocupaba el mayordomo de su padre. George tiene apenas treinta años; habla en voz baja, es tímido y tiene mala salud.

—Sí, señor —dice Kitty.

Lleva el coche hasta el garaje que hay en la parte trasera de la casa y Louisa la sigue en el Ford. Van juntas a entregar sus justificantes de trabajo en la oficina de transportes motorizados.

—¿Te apetece ir al Lamb a tomar una copa? —sugiere Louisa.

—Voy a lavar el coche —dice Kitty—. Nos vemos en el recibidor dentro de media hora.

Coge un cubo y un paño y friega los flancos del Humber, dándoles palmaditas a los remates de metal. A continua-

ción, vuelve a llenar el depósito de gasolina y por fin, inmoviliza el coche quitándole el brazo del rotor, como exigen las normas.

Su ruta por la enorme casa la lleva hasta el pórtico; cruza el recibidor con su galería, deja atrás la sala del órgano y llega a las escaleras que llevan a la habitación de los niños. El cuarto que comparte con Louisa está en la segunda planta, bajo los aleros, en lo que en tiempos fue la habitación donde dormían los niños. Mientras camina, reflexiona sobre la mejor estrategia para enfocar lo de Stephen el viernes. Podría decirle que se le han acabado los permisos de viaje, y sería cierto, pero hasta ahora siempre había ido haciendo auto stop. Y además, le apetece verlo. Podrían ir al Club 400, bailar y olvidarse de la guerra por una noche. ¿Qué mal podía haber en eso?

Una vez en el desván, en la habitación de los niños, Kitty se sienta sobre la cama y se baja las medias de hilo de Escocia de reglamento. Estira las piernas desnudas y mueve los dedos de los pies, disfrutando de la sensación de frescor y libertad. Tiene un par de medias de rayón, pero no le van a durar para siempre y no tiene intención de malgastarlas con los parroquianos del Lamb. El viernes, tal vez, si al final se decide por ir a la ciudad.

Suspira mientras se retoca el pintalabios. Eso de tener a los chicos medio enamorados de una está muy bien, pero ¿por qué todos se empeñan en poseerla? Louisa dice que es porque Kitty sonríe demasiado, pero ¿qué le va a hacer? Se puede sonreír a alguien sin casarte con él, ¿no?

En el Centro de adiestramiento de transportes motorizados n.º 2, en el norte de Gales, conoció a una chica de su edad

que le contó que lo había hecho con cuatro hombres diferentes. Dijo que era diez veces mejor que bailar. Dijo que el truco estaba en hacer como que estabas borracha y después, decir que no te acordabas de nada. Decía que si tenías suerte y te tocaba uno bueno, era como estar en el cielo; pero no se podía saber cuáles iban a ser buenos a simple vista.

Al bajar las estrechas escaleras sin enmoquetar, Kitty se encuentra con George, que está merodeando por el primer piso. Sin saber muy bien cómo, desde que está alojada en Edenfield Place se ha hecho amiga del dueño; un poco como uno acoge a un perro perdido.

—Ah, hola —la saluda George, parpadeando. Por lo visto, no ve muy bien—. ¿Te siguen dando tanto trabajo?

—No, ya me voy —dice Kitty. Y, recordando la petición del brigadier, añade—: Siento mucho lo del vino.

—Oh, lo del vino —dice—. No me queda ni una botella de Meursault del 38. Según me han contado, se lo bebieron mezclado con ginebra.

—¡Es terrible! —a Kitty le choca más lo de la ginebra que lo del robo—. Habría que fusilarlos.

—Bueno, fusilarlos tampoco. ¿Sabes que los canadienses son voluntarios? Deberíamos estarles agradecidos. Y yo les estoy agradecido.

—Vamos, George. Estás en tu derecho de enfadarte.

—¿Eso crees?

Sus ojos desenfocados la miran con un deseo mudo.

—Supongo que tampoco lo harían con mala intención —dice Kitty—. Son como niños que no saben el daño que hacen. Pero aun así. Te darán una compensación, ¿no?

—Creo que me pagarán algo. —Y añade, invadido por una prisa repentina—: El caso, Kitty, es que esperaba que encontrásemos un momento para hablar.

—Luego, George —dice ella—. Llego tarde.

Le toca el brazo, le dedica una sonrisa para suavizar el rechazo implícito y baja corriendo las escaleras principales. Louisa la espera junto a la recargada chimenea del recibidor principal. Lleva el uniforme del cuerpo de enfermeras, ya obsoleto, que le hizo el sastre de su padre; con el cordón a la izquierda, al estilo de los cuerpos voluntarios, en los tonos rosa y azul del cuerpo de enfermeras. Kitty enarca las cejas.

—Al diablo con todos ellos —dice Louisa, alegremente—. Si tengo que ir de uniforme cuando salgo por las tardes, prefiero ponerme uno que sea de mi talla.

Kitty y Louisa se presentaron voluntarias al cuerpo de enfermeras, mucho más socialmente aceptable que el STA, y se conocieron en el campo de adiestramiento de Strensall.

—No me importa que me manden unas lesbianas con gorro —dice Louisa—, siempre que sean de mi clase.

Hacía dos años que el orgulloso cuerpo de enfermeras se había fusionado con el STA, que no es en absoluto de la clase de Louisa y lleva el uniforme menos atractivo de todos los cuerpos de servicio.

En el exterior, por fin ha dejado de llover. Hay un grupo de Camerons junto al pub, tumbados sobre la franja de hierba húmeda entre la puerta y la carretera. Desde el interior se oyen gritos y oleadas de risas.

—Mejor no entréis, bonitas —les dice un soldado.

—No veo ninguna copa aquí fuera —le responde Louisa.

Entran en el pub y se encuentran con un grupo mixto de Camerons y Royals dando puñetazos en las mesas y lanzando gritos de ánimos. Un soldado de los Fusileros de Mont-Royal está bailando sobre una mesa.

—¡Francesito! ¡Francesito! ¡Francesito! —corean—. ¡Quítatelo! ¡Quítatelo! ¡Quítatelo!

El soldado, un francocanadiense larguirucho con el rostro oscurecido por una barba de varios días, finge hacer un *strip-tease*. Sin desprenderse de una sola prenda, se las apaña para crear la ilusión de que es una mujer joven y sexy quitándose poco a poco capa tras capa de ropa.

Kitty y Louisa lo observan, hipnotizadas.

—¡Bravo, Marco! —vocean sus camaradas—. *Baisez-moi, Marco! Allez Van Doo!*

El soldado se contorsiona con seductora sinuosidad mientras, poco a poco, dando cuidadosos tirones, se va bajando unas medias invisibles por las piernas. Ya «desnudo» excepto por el sostén y las bragas, juega a taparse coquetamente la entrepierna con las manos, mientras abre y cierra las piernas. Al observar las caras de los hombres que lo miran, Kitty se da cuenta de que están excitados de verdad.

—¡Enséñanos lo que sabes hacer, francesito! —gritan—. ¡Bájatelas! ¡Quítatelas! ¡Quítatelas! ¡Quítatelas!

Provocativamente, centímetro a centímetro, el artista se va bajando las bragas imaginarias, aunque sigue llevando puesto el uniforme de batalla color caqui completo. Kitty mira a los ojos a Louisa y ve en ellos la misma sorpresa. Es solo una broma; pero el hambre de sexo que muestran los hombres es completamente real.

Ya se ha quitado las bragas. Tiene las piernas firmemente cruzadas. El soldado poco agraciado que ahora es una espectacular mujer desnuda tiene hechizado al público expectante. Ahora, por fin levanta las manos, separa las piernas, da un empujón hacia delante con la entrepierna y un gran suspiro de satisfacción inunda el aire saturado de humo.

Una vez acabado el espectáculo, los jóvenes que llenan el bar de repente toman conciencia de que hay dos mujeres de verdad entre ellos. Riendo, dando empujones, compiten por acercarse.

—¡Mirad quién ha venido! ¡Deja que te invite a una copa, preciosa! A esta invito yo. ¡Muévete, amigo! Que yo también me quiero acercar.

Kitty y Louisa se ven empujadas cada vez más atrás, hasta quedar apretadas contra la pared. Las atenciones amistosas de los excitados soldados empiezan a volverse incómodas.

—Tranquilizaos, chicos —dice Kitty, sin dejar de sonreír, incluso mientras intenta zafarse de las manos que los hombres extienden hacia ella.

—¡Eh! —exclama Louisa—. ¡Quítame las manos de encima! ¡Me estáis aplastando!

Ninguno de los soldados tiene intención de empujarlas, pero los que están detrás avanzan hacia adelante y los de delante se ven arrojados contra las chicas. Kitty empieza a sentir miedo.

—Por favor —dice—. Por favor.

Resuena una voz imperiosa.

—¡Moveos! ¡Atrás! ¡Apartaos!

Un soldado alto se abre paso por la fuerza a través de la multitud, cogiendo a hombres del brazo y echándolos a un lado.

—¡Idiotas! ¡Babuinos! ¡Atrás!

Los soldados apretujados se separan a su paso, de repente conscientes y avergonzados de que la cosa se les ha ido de las manos. El soldado llega hasta donde está Kitty y extiende los brazos para despejar un espacio frente a ellas dos.

—Lo siento. Espero que no os haya pasado nada.

—No —responde Kitty.

El hombre que tiene delante lleva el uniforme de campaña sin insignias de ninguna clase. Es joven, no mucho mayor que la propia Kitty, y extraordinariamente guapo. Tiene la cara delgada, con una nariz fuerte sobre una boca sensible de labios gruesos. Tiene los ojos azules, bajo las cejas enarcadas, fijos en ella con una mirada con la que Kitty nunca se ha encontrado antes. Su mirada dice: «Sí, te veo, pero tengo otras preocupaciones más importantes que tú».

Los soldados a los que ha desplazado empiezan a recuperar el orgullo.

—¿Quién te crees que eres, amigo?

El joven fija la mirada distante en el soldado que lo acusa y este lo ve levantar una mano amenazadora.

—Tócame —dice— y te rompo el cuello.

Hay algo en la forma en que lo dice que hace que el soldado baje la mano. Uno de los otros jóvenes murmura:

—Déjalo en paz, amigo. Es un maldito comando.

Pronto, la multitud se dispersa, dejando a Kitty y Louisa a solas con su rescatador.

—Gracias —dice Kitty—. Aunque no creo que tuviesen mala intención.

—No, claro que no. Solo estaban haciendo el tonto.

Las conduce hasta la barra.

—¿Tiene brandy? —le pregunta al camarero—. Estas señoritas están en estado de shock.

—Oh no, estoy bien —dice Kitty.

—Sí, por favor —la contradice Louisa, dándole un pisotón el pie.

El camarero saca una botella de brandy de cocina de debajo del mostrador y sirve dos vasos pequeños con aire furtivo. El soldado se los pasa a Kitty y Louisa.

—Con fines medicinales —dice.

Kitty coge su vaso y le da un sorbo. Louisa bebe más rápidamente.

—Salud —dice—. Me llamo Louisa y esta es Kitty.

—¿Dónde estáis alojadas?

—En la casa grande. —Louisa indica la dirección de la carretera con un movimiento de cabeza.

—¿Secretarias?

—Conductoras.

—Tened cuidado por la noche —dice—. Mueren más personas en la carretera durante el apagón que en ataques enemigos.

Kitty se termina el brandy sin darse cuenta. Empieza a darle vueltas la cabeza.

—Bueno, ¿y quién eres tú? —pregunta—. O mejor dicho, ¿qué eres?

—Operaciones especiales —contesta.

—Vaya.

—Perdonad. No es que quiera darme misterio. Pero en serio: no puedo deciros más.

—¿Se te permite decirnos tu nombre?

—Avenell —dice, echándose hacia atrás el mechón de pelo oscuro que no deja de caerle frente a los ojos—. Ed Avenell.

—Eres un caballero de radiante armadura —bromea Louisa—. Saliste al rescate de dos damiselas en apuros.

—¿Así que sois damiselas? —lo dice sin siquiera parpadear—. De haberlo sabido, no sé si me habría molestado.

—¿No te gustan las damiselas? —pregunta Kitty.

—Si os soy sincero —dice—, no tengo muy claro qué es una damisela. Supongo que será un tipo de fruta que se estropea fácilmente.

—Eso es una ciruela damascena —corrige Kitty—. A lo mejor somos damascenas en apuros.

—Una damascena no puede estar en apuros —apunta Louisa.

—Yo no estoy tan seguro —contesta Ed—. Seguro que no es agradable que te hagan mermelada.

—A mí no me importaría —dice Louisa—. Te apretujan hasta que te pones bien jugosa y luego te comen a lametones.

—¡Louisa! —exclama Kitty.

—Perdona —se disculpa Louisa—. Es el brandy.

—En realidad, tiene una educación exquisita —le dice Kitty a Ed—. Su primo es duque.

—Mi primo segundo es décimo duque —dice Louisa.

—Y tú no pasas de cabo primero —contesta—. Qué injusta es la vida.

—Cabo —dice Louisa, dándole un toquecito con el dedo sus galones.

El joven fija su mirada serena en Kitty.

—¿Y qué hay de ti?

—Oh, yo no soy de la alta sociedad —dice Kitty—. Los Teales somos del montón. Todos vicarios y médicos; cosas así.

De repente, se siente tan floja que se da cuenta de que va a tener que tumbarse. Es lo que pasa por beber brandy al final de un día tan largo.

—Te acompaño a casa —ofrece el joven.

—Y yo también —dice Louisa—. Nos hemos levantado a las cuatro.

Así que el comando coge a una chica de cada brazo y echan a andar por la carretera en dirección a la casa de campo. Los soldados a los que dejan atrás por el camino sonríen y les dicen:

—¡Bien hecho, amigo! —y—: Si necesitas ayuda, da un grito.

Se despiden en el porche.

—Cabo Kitty —dice Ed, y se cuadra—. Cabo Louisa.

Las chicas le devuelven el saludo.

—Pero no sabemos cuál es tu graduación —dice Kitty.

—Creo que soy teniente o algo así —contesta—. En mi unidad, no importan demasiado las graduaciones.

—¿Es verdad que sabes romperle el cuello a la gente? —pregunta Louisa.

—En un plis plas —dice, chasqueando los dedos.

Y se va.

Kitty y Louisa entran al pórtico, sus miradas se cruzan y no pueden reprimir la risa.

—¡Madre mía! —exclama Louisa—. ¡Es un sueño de hombre!

—¿Te apretujan hasta que estás bien jugosa? ¡En serio, Louisa!

—Bueno, ¿por qué no? Estamos en guerra, ¿o no? Por mí, puede pasarse a darme un lametón cada vez que le apetezca.

—¡Louisa!

—No te hagas la mojjigata. Que vi las sonrisitas que le ponías.

—Pero es que soy así. No puedo evitarlo.

—¿Quieres entrar al comedor?

—No —dice Kitty—. De verdad estoy hecha polvo. No lo decía por decir.

Una vez sola en la habitación de los niños, Kitty se desnuda lentamente, sin dejar de pensar en el joven oficial de comando. Tiene su cara seria pero sonriente impresa claramente en la memoria. De lo que más se acuerda es de la mirada de esos ojos azules un tanto separados que parecían verla y no verla al mismo tiempo. Por mucho que la mirase, nunca le dio la impresión de que le exigiese nada. No había la más mínima súplica en su mirada. Pero sí otra cosa, algo vulnerable y típicamente suyo; una especie de tristeza. Esos ojos dicen que no espera que la felicidad vaya a durar. Y es justamente eso, más que lo atractivo que pueda ser, lo que hace que siga pensando en él hasta el mismo momento en que por fin se rinde al sueño.



www.alianzaeditorial.es

“Nuestros padres se amaron antes de llegar nosotros y antes de ellos, lo hicieron sus padres. No sabemos si heredamos nuestra forma de amar junto con el color de los ojos. Las alegrías que sentimos, otros las han sentido antes; los errores que cometemos, otros los han cometido antes.

Esta es la desconocida tierra de nuestros padres, de la que siempre intentamos escapar y a la que siempre, sin poder evitarlo, seremos fieles.”

Alice Dickinson, una joven inglesa que acaba de pasar una dolorosa ruptura sentimental, viaja a Normandía para conocer a la abuela a la que nunca ha visto y la que tampoco tenía noticias de su existencia. Esta le dice que, a pesar de las dificultades a las que se ha enfrentado su familia, en su pasado hay una historia de amor verdadera que ella debe conocer.

Corre el verano de 1942, Kitty, cuyo encanto no deja indiferente a ningún hombre, es reclutada junto a su amiga, la pragmática Louisa, como conductora del Servicio Territorial Auxiliar en Sussex. Allí conoce a Ed, un comando de los Royal Marines, y a Larry, oficial de enlace a las órdenes de lord Mountbatten. Kitty se enamora rápidamente de Ed y de su melancólica tristeza tras ser rescatada por éste del asedio de unos vocingleros soldados. Ed también se enamora de Kitty. Al igual que Larry.

Kitty y Ed se casan, pero apenas pueden disfrutar de la luna de miel. Ed y Larry deben reunirse con sus unidades para participar en el desembarco en Dieppe, en la parte norte de Francia, ocupada por los alemanes. Ed cae prisionero mientras Larry logra escapar de esta sangrienta y fallida operación militar que les cambia la vida. Ya no será igual para ninguno de ellos.

En esta apasionante novela, William Nicholson recrea de forma sin igual el caos y los traumas de la guerra, así como las dudas y decepciones amorosas, el dolor de los amores equivocados y no correspondidos; pero también, de los amores intensos y de las lealtades que perduran en el tiempo y dan sentido a la vida.